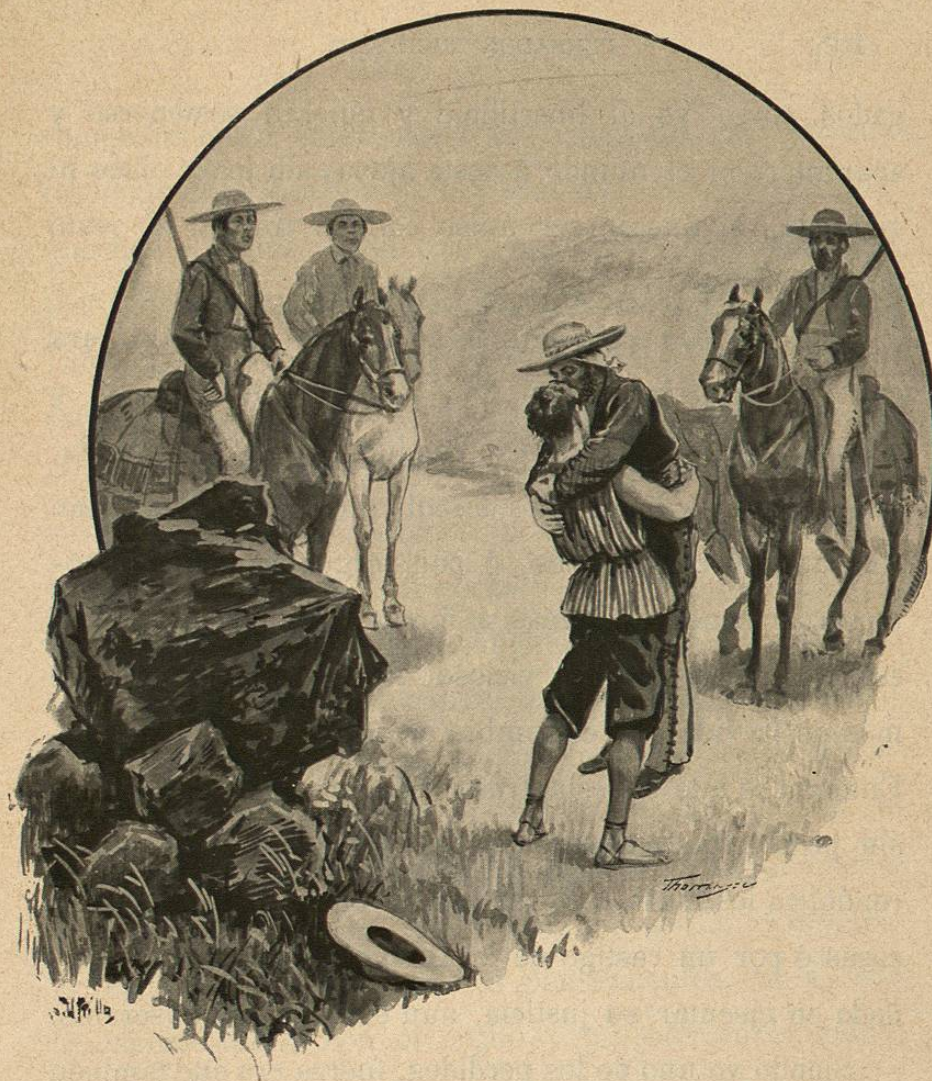
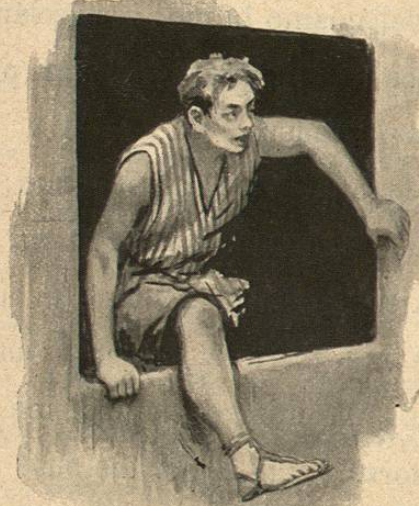


Así, después de haber almorzado y dádole las gracias, busqué un palo para que me sirviera de bordón, alcé un sombrero muy viejo de petate que estaba tirado en un muladar, me lo planté, me despedí de mis hospedadores y tomé el camino de la garita de San Lázaro.

Llegué al pueblo de Ayotla, donde dormí aquella noche sin más novedad que acabar, por vía de cena, con mi repuesto.

Al día siguiente me levanté temprano y seguí mi camino para Puebla, manteniéndome de limosna hasta llegar á Río Frío, donde me sucedieron las aventuras que vais á leer en el capítulo que sigue.



CAPITULO IX

En el que Periquillo refiere el encuentro que tuvo con unos ladrones; quiénes fueron éstos; el regalo que le hicieron y las aventuras que le pasaron en su compañía

Nada de fabuloso tiene la historia que habéis oído, queridos hijos míos; todo es cierto, todo es natural, todo pasó por mí, y mucho de este todo, ó acaso más, ha pasado, pasa y puede pasar á cuantos vivan entre-

gados como yo al libertinaje y quieran sostenerse y aparentar en el mundo á costa ajena, sin tener oficio ni ejercicio, ni querer ser útiles con su trabajo al resto de sus hermanos.

Si todos los hombres tuvieran valor y sinceridad para escribir los trabajos que han padecido moralizando y confesando ingenuamente su conducta, veríais, sin duda, una porción de *Periquillos* descubiertos, que ahora están solapados y disimulados, ó por vergüenza ó por hipocresía, y conoceríais más á fondo lo que os he dicho, esto es, que el hombre vicioso, flojo y disipado padece más en la vida que el hombre arreglado y de buen vivir. Entendidos que en esta triste vida todos padecen; pero sin proporción padecen más en todas las clases de la república los malvados, sea por un orden natural de las cosas ó por un castigo de la Divina Providencia empeñada en ejecutar su justicia, aun en esta vida miserable.

Siendo yo uno de los perdidos, fuerza era que también me llorara desgraciado, creciendo mis desventuras á medida de mi maldad por una necesaria consecuencia, según los principios que llevamos establecidos.

Dejé pendiente mi historia diciéndoos cómo caminaba para Puebla, desnudo, hambriento, cansado, deshonrado entre los que sabían mi mala conducta, despreciado de mis amigos y abandonado de todo el mundo.

Así, y lleno de una profunda melancolía y de los

remordimientos interiores que devoraban mi corazón trayéndome á la memoria mis maldades, llegué un día al anochecer á una venta cerca de Río Frío, donde pedí por Dios que me dieran posada. Lo conseguí, que al fin Dios castiga, pero no destruye á sus hijos, por más que éstos les sean ingratos. Cené lo que me dieron y dormí en un pajar, teniendo á mucha bonanza encontrar alguna cosa blanda donde acostarme, pues las noches anteriores había dormido en la dura tierra.

A otro día madrugué, y el ventero, sabedor de mi ruta, me dijo que fuera con cuidado, porque había una cuadrilla de ladrones por aquel camino. Yo le agradecí su advertencia; pero no desistí de mi intento, seguro en que no teniendo qué me robaran, podía caminar tranquilamente delante de los ladrones, como nos dejó escrito Juvenal.

Empapado en mil funestos pensamientos iba yo con la cabeza cosida con el pecho y mi palo en la mano, cuando cerca de mí oí tropel de caballos; alcé la cara y ví cuatro hombres montados y bien armados, que rodeándose de mí y teniéndome por indio, me dijeron: — ¿De dónde has salido hoy y de dónde vienes? — Señores, les dije, he salido de esta última venta y vengo de México para servir á ustedes. — Entonces conocieron que no era indio, y uno de ellos, á quien yo tenía especies de haber visto algún día, fijándome la vista, se echó del caballo á bajo, y abrazándome con mucha ternura, me decía:

—¿Tú eres, Periquillo, hermano? ¿Tú eres, Periquillo? Sí, no hay duda, las señas de tu cara son las mismas; á mí no se me despintan mis amigos. ¿No te acuerdas de mí? ¿no conoces á tu antiguo amigo el Aguilucho, á quien debiste tantos favores cuando estuvimos juntos en la cárcel?

Entonces yo lo acabé de conocer perfectamente, y deseando aprovechar aquella coyuntura favorable que me proporcionaba la ocasión, lo apreté entre mis brazos con tal cariño, que el pobre Aguilucho me decía á media voz: —Ya está Perico, hermano, ya está, por Dios; no me ahorques antes de tiempo.

—Ahora sí, decía yo lleno de consuelo y entusiasmo; ahora sí que se acabaron mis trabajos, pues he tenido la dicha de encontrar á mi mejor amigo, á quien debí tantísimos favores y de quien espero me socorra en la amarga situación en que me hallo.

—¿Pues qué ha sido de tu vida, hijo de mi alma? me preguntó; ¿qué suerte has corrido? ¿qué malas aventuras has pasado que te veo tan otro y tan desfigurado de ropa? —¡Qué ha de ser! le contesté, sino que soy el más desgraciado que ha nacido de madre. Después que me separé de mi amigo Juan Largo, que, sin agravio de lo presente, era tan hombre de bien y tan buen amigo como tú, he tenido mil aventuras favorables y adversas; aunque si vale decir verdad, más han sido las malas que las buenas.

—Pues eso es cuento largo, me dijo el mulatillo interrumpiéndome, sube á las ancas de mi caballo; nos encaramaremos sobre aquella loma, y allí podremos practicar más despacio; porque en los caminos reales espantamos la caza.

—No entiendo eso de espantar la caza, le dije, pues yo jamás he visto cazar en caminos reales, sino en los bosques y lugares no transitados por los hombres.

—Tanto así tienes de guaje, ¹ me dijo el Aguilucho; pero cuando sepas que nosotros no andamos á caza de conejos ni de tigres sino de hombres, no te hará fuerza lo que te digo. Por ahora sube á caballo, que es lo que te importa.

Yo obedecí su imperioso precepto; subí, y guiamos todos á un cerrito que no estaba lejos del camino.

Luego que llegamos nos apeamos, escondieron los caballos tras de su falda y nos sentamos entre un matarral, desde donde veíamos muy bien, y sin poder ser vistos de cuantos pasaban en el camino real.

Ya en esta disposición sacó el Aguilucho de un talego de cotense un queso muy bueno, dos tortas de pan y una botella de aguardiente.

Desenvainó un cuchillo de la bota campanera, partió el pan y el queso y comenzamos todos á darle vuelta.

Acabada la comida nos dió por su mano un traguito

¹ Tan necio y bobo eres.— E.

de aguardiente á cada uno, pero tan poquito que apenas me llegó al galillo. Los ojos se me iban tras de la botella y á los otros también; mas él la guardó diciendo:

—No hay mayor locura en los hombres que prostituirse á la bebida. Nadie debía emborracharse; pero mucho menos los de nuestro oficio, pues vamos muy arriesgados.

—¿Pues cuál es tu oficio? le pregunté muy admirado, y él sonriéndose me dijo: —*Cazador*, y ya ves que un cazador borracho no puede hacer buena puntería.

—Pero en tal caso, le repliqué, lo más que puede suceder es hacer sin fruto la caravana ó correría, mas hasta aquí no hay riesgo como dices.—Sí hay, dijo él; pueden cazarlos á nosotros, y también que no nos quiten las esposas hasta después de muertos.

—No me hables con enigmas, le dije, por vida tuya; explícame lo que hablas.—Ahí lo sabrás, dijo él, pero cuéntanos tus aventuras.

—Pues has de saber, le dije, que cuando fui á dar á la cárcel, donde tuve el honor de conocerte, fué de resultas de una manotadilla de amigos, que iba á dar á la casa de una viuda mi querido Juan Largo, en cuyo lance pudo haber sido presa de los soldados y serenos; pero tuvo la fortuna de escapar con tiempo en compañía de otro amigo suyo, muy hábil y valiente, que se llamaba Culás

el Pípilo, muchacho bueno á las derechas, y que, según me decía Januario, había aprendido á robar con escritura...—Buena sea la vida de usted, me dijo riéndose un negrito alto, chato y de unos ojillos muy vivos y pequeños.—Yo soy, continuó, yo soy el tal Pípilo, aunque no muy guajolote, y me acuerdo de usted, y de la noche en que lo ví con el sereno cuando pasé corriendo. Conque ¿en qué paró usted por fin, y cómo fué eso de que fuera á dar á la de pita por nosotros?

Entonces les conté todas mis aventuras, que celebraron mucho, y me dijeron como Januario era capitán de cazadores de gentes, y andaba por otros rumbos no muy lejos de por allí; que ellos eran del arte, con otros tres compañeros que se habían extraviado algunos días antes, y los esperaban por horas con algunos buenos despojos; que el jefe de ellos era el señor Aguilucho; que aquel oficio era muy socorrido; que solía tener sus contingencias; pero que al fin se pasaba la vida y se tenían unos ratos famosos, y—Por último, amigo, me decía el Pípilo, si usted quiere alistarse en nuestras banderas, experimentar esta vida y salir de trabajos, bien podrá hacerlo, supuesta la amistad que lleva con nuestro capitán, y su gentil disposición, que pues ha sido soldado, no le cogerán de nuevo las fatigas de la guerra, los asaltos, los avances, las retiradas ni nada de esto que nunca falta entre nosotros.